

HEBE CLEMENTI
UBA, Buenos Aires

Suma o totalidad

Difícil embarcarse en una definición de uno u otro concepto. En términos históricos, la singularidad es la aspiración del historiador y su galardón más específico. Cabría entonces afirmar que captar el perfil exacto de cada una de las expresiones americanas, cualquiera sea el vector de la realidad que se estudie, es el objetivo deseable de quien desee conocer la trayectoria americana. Sin embargo, la conceptualización histórica es siempre falaz en algún sentido porque se apoya en conceptos generales que desbordan cualquier tipificación de lo singular. Por lo tanto, la totalidad está siempre en juego, cada vez que de América se trate. Pero al mismo tiempo, desde el mismo nombre del continente –adjudicado como fruto de una serie de malentendidos y de apremios culturales- todo es relativamente espurio y confuso en los orígenes americanos encontrados o enfrentados a la búsqueda europea, y al develamiento que sucesivos emprendimientos fueron develando. Del mismo modo, captar el transcurrir histórico del continente americano, sus manifestaciones autóctonas o su lado indígena, más su faz europea permanentemente alimentada por hechos e ideas y dominaciones allende el océano, configura un confuso tapiz de perfiles desdibujados en personajes más o menos heroicos, complejos o totalizadores. Digamos entonces que sostener la totalidad es tarea de sentidos adjudicados, de construcción racional. Estudiar el hecho concreto y único, interiorizarse en su producción y trascendencia, es deleite o delirio provocativo de carga histórica, cuyo para qué es precisamente el placer de hallarlo, conocerlo, comprenderlo. Una tarea de razón, la otra de estética o complacencia. De la fusión ética devendrán las claves de convivencia y de futuro. Sólo cabe esperar que pueblos y gobiernos asuman esta deuda histórica, de vuelvan dignidad y presencia no discriminada al indígena, y consientan realmente oportunidades iguales al producto del mestizaje biológico y cultural.

Es la meta que algunas leyes enuncian pero la realidad avasalla. Es el verdadero proyecto que los americanos conscientes de su identidad mestiza –cualquiera sea el grado que sea- encuentran los modos racionales y persuasivos de borrar la discriminación que acuña el prejuicio enfermo y hostil a la convivencia. Lo demás lo hará la educación adecuada, meta hacia la cual están fijadas todas las voluntades que aprecian un modo de vida digno para todos. Al decir de Tocqueville: “no se encontrará nunca por mucho que se intente, verdadero poder entre los hombres más que en el concurso libre de voluntades. Y no hay en el mundo más que el patriotismo y la religión que puedan hacer caminar durante largo tiempo hacia un mismo fin, a la totalidad de los ciudadanos”. Hoy habrá que formularlo de otro modo. El camino de la democracia verdadera en América pasa por el respeto a la pluralidad de culturas, que en realidad son todas mestizas por historia y trayectoria, y que solamente se verán libres de discriminación en la medida que las vías del conocimiento abren la percepción de amor al otro, como una ética específica de su aceptación. El camino es largo, pero es el único. La liberación de la tutela cultural eurocéntrica y el encuentro de otras culturas sin el reconstruir valores negados o ignorados, son las dos vías de acceso. El acento en valores tales como unidad, orden, monoteísmo, dicotomía del mundo pagano y cristiano, presentación acrítica de un Occidente heredero de los mejores valores cristianos, etc., son en general, conceptos generalizados aptos para el encubrimiento de situaciones peculiares. América es una peculiaridad, la nuestra, a la que debemos dar rostro y perfil, para apropiárnosla y merecerla.

La vigencia de estereotipos menoscabadores es esencial en el registro del imperialismo: mongoles feroces, chinos astutos y corruptos, negros lujuriosos y mentirosos, musulmanes fanáticos, indios crueles y mentirosos, son sin dudas exasperaciones de dificultades de la conquista y la

denominación. La historia como relato deja ese saldo de estereotipos que hacen historia después. Dejemos lugar al pensamiento, a la reflexión interiorizada de la materia histórica, y variarán los conceptos y las generalizaciones aviesas. Pensemos juntos un destino sin marginados, posible.

Y por sobre todas las cosas no simplifiquemos el relato de los hechos recurriendo a explicaciones genéricas que omiten los hechos y las significaciones o silencian verdades. “Uno de los medios más fáciles de mentir es no decir la verdad omitiendo algo vital”, ha dicho E. H. Carr en *History the Betrayer*, Londres, 1960. Eso mismo decimos sobre la historia de América. El etnocentrismo ha reemplazado al racismo, y hace estragos en la intelección de los verdaderos problemas llenando de mentiras la frecuentación histórica.